

nación, aliméntese bien, y, sobre todo, coma usted mucha carne rubia...

.....
Pero cuando él volvió, ella era resto de desenfrenada orgía de hombres, desperdicio de lobos hambrientos en noche de invierno, pelota de carne que, rodando de mano en mano y golpeada por todos, había parado al fin en un sumidero de la calle...

DE VENTA

Tenía el plumaje de color de yema de huevo, pizpireta el andar, inquieta la mirada. Había en su cara algo de niño alegre. Parecía una personita. Y era un canario.

Su dueño llegó de un largo viaje con aquel avechucho, como le llamaba él.

Por cuidarle, no pudo dormir en dos noches seguidas. Guarecíale bajo la copa de una chistera; dábale traguitos de aguardiente para que no pillara un constipado, y cuando llegó con él sano y salvo (de milagro), aprisionóle en primorosa jaula, y subiéndolo á zancadas el centenar de escalones que le separaba del cielo aboartillado de su novia, puso de patitas en sus faldas el regocijado animalito.

El canario, como si se reanimara al calor de la hembra (aunque de distinta especie), sacudió el

plumaje y cantó. Bien que por entonces no había cosa con cosa que no cantara en aquel nido de novios. ¡Ellos mismos cantaban en la mano!...

*
* *

...La despedida fué « una cosa atroz ». No, no podían darse cuenta del por qué de tan brutal ruptura. Sólo recordaban que *ella* estuvo atisbándole por el ventanillo, con la esperanza de verle repasar lo andado, y que *él* permaneció como pegado al primer peldaño, con el deseo de que le llamara *ella*. Dado el primer paso en el espinoso camino del desvío, hizo lo demás el amor propio, que es el amor de los amores...

Desde entonces se odiaron terriblemente, queriéndose más que todas las cosas. Enamorábase *él* de todas las mujeres que se parecían á *ella*, ó que se figuraba *él* que se parecían; y *ella* creía tenerle presente á todas las horas del día y de la noche con mirar aquel canarito, que no hubiera dado por un ojo de la cara...

*
* *

No duró más que el aparecer y desaparecer de un relámpago. Pero *ella* lo sintió como se siente una conmoción eléctrica, mucho antes de verle.

Era *él* con *otra*; la cual iba erguida, sonriente, un tantico burlesca, como si quisiera reírse de *ella*...

Poco después, por uno de esos fenómenos que se sienten, pero no se explican, *ella*, á semejanza de Luis XVI en presencia de la Convención que discutía su corona y su cabeza, tuvo ganas de comer, no precisamente melocotones, como el monarca, sino algo más sólido, y recordó en seguida que, por otro fenómeno que tampoco se explicaba, pero lo sentía con demasiada frecuencia, no se había desayunado aún.

Á volver á casa, le faltó tiempo para descolgar la jaula, y dijo riendo que iba á empeñar el canario.

¡Empeñar un canario!... Todas las vecinas, cigarreras de oficio, celebraron la ocurrencia. « La cosa, decían, tiene gracia; » una gracia mezclada con una lágrima silenciosa que rodó por el enrejado de la jaula y se paró temblando en el pico del pajarito!

*
* *

Un torbellino que venía de las *Ventas* en forma de « escandalera » la llevó, un año después, á la misma casa de préstamos. Al disponerse á salir

con el fruto del mantón que había *pulido*, reparó, como por casualidad, en una jaula.

Allí, mirándole inquietamente por entre las rejillas de su ventanillo, como si creyera que volvía por él, estaba el canario, el amor de otros tiempos... *Ella*, deteniéndose frente á la puerta, miróle también de hito en hito, como si aguardara que la llamase. Pero el canario sacudió el plumaje, y revoloteando alegremente, hizo caer un cartel con un letrero que pendía de la jaula.

Ella vió aquellas letras, gordas como puños, que decían brutalmente: DE VENTA.

Y riendo con toda la boca, exclamó en seguida:
— ¡Como yo!

TRIC-TRAC

(Á MANUEL VÍAS OCHOTECO)

La Correspondencia lo había anunciado:

« Ayer se unieron con el santo é indisoluble lazo del matrimonio nuestro ilustre amigo el opulentísimo propietario don Juan Gómez y García con la distinguida y bellísima señorita doña Julia Espino, nieta de la marquesa del Foyoyo. Fueron padrinos de la boda el duque de Colocolo y la duquesa de Peloempecho, en representación de Sus Majestades.

» Los recién casados, á quienes deseamos una eterna luna de miel, han salido para Trouville, en donde pasarán el verano. »

*
* *

La boda de don Juan Gómez y García con la señorita doña Julia Espino fué grandemente co-

mentada. Don Juan se había defendido mucho del matrimonio. Su padre le dejó una renta de diez mil reales diarios, y por la renta un nombre ilustre y respetado entre los hombres sensatos, y un escandaloso derecho de pernada sobre las buenas mujeres. Armado de aquella renta, que era patente de corso para viajar por mares femeninos, don Juan consiguió hasta entonces las ventajas todas sin ninguna de las desventajas del sacramento. Había despoblado de vírgenes algunos barrios de Madrid; había burlado calles enteras de maridos, y se le declaró inexpugnable, en cuanto á casarse, cuando, de regreso de Rusia, adonde llevara á guisa de serrallo á las valencianas que estuvieron en la Exposición de París vendiendo orchata, encontró en los aristocráticos salones de la marquesa de Foyoyo á la señorita doña Julia Espino, que solía frecuentarlos, acompañada de su hermana Consuelo. De escaso patrimonio, — escasez que procuraban disimular ellas, porque, á su juicio, nada había tan deshonesto como la pobreza, — Julia y Consuelo Espino privaban en los salones de la aristocracia, por ser nietas de la marquesa del Foyoyo, como queda dicho, y por ser mucha y peregrina la belleza de las dos hermanas. Rubia y espigada Julia, morena y metida en carnes Consuelo, eran dos tipos opuestos de

belleza que llamaban igualmente la atención en el mercado conyugal y que se traían buenas cosas, como decían, en el lenguaje al uso, los contertulios de la señora marquesa. Según se aseguraba, y era cierto, don Juan se enamoró « loco perdido » de Julia, porque le chocó en ella su mucho fondo de chulapería madrileña, disimulado bajo un exterior perfectamente romántico. No ha dicho *Almaviva* ni cronista alguno, que yo sepa, si aquel don Juan fué con buen fin desde el principio de sus amores. Pero sábese que Julia hubo de ponerle á raya en más de una ocasión, y que era tan intransigente (al menos con don Juan) en ciertos dares y tomares, que habiéndose tropezado con su novio horas antes de la boda, y pretendiendo él no sé que gaje anticipado (que de esto tampoco hablaron *Almaviva* y demás cronistas), díjole ella, entre enojada y marrullera:

— Ten paciencia, chico... ¡Cuando nos casemos!...

*
* *

Boda suntuosa, si jamás las hubo, fué en verdad la de don Juan Gómez y García con la señorita doña Julia Espino. Sobre todas las cosas del mobiliario, preocupó á don Juan el tálamo nupcial.

« En esa cama, escribíale á un su amigo de París, nacerán mis hijos; en ella moriré yo probablemente; en ella, en fin, pasaré las noches de amor con mi Julia, que es la única mujer á quien he amado, y amo y amaré. Tiene, pues, que ser un lecho excepcional el que elijas para mí, un trono indio... ¡el solio de Brahma!... »

No hallando cosa mejor ni más elegante, su amigo le remitió la regia cama que estuvo en la Exposición de París, y que no pudo venderse entonces porque querían por ella veinte mil duros.

Mejor embalado que los cuadros que remiten desde Roma los pintores españoles, aquel lecho llegó á la estación del Norte, cruzó todo Madrid y fué á parar al palacio de don Juan Gómez y García, quien por mero capricho, ó acaso porque era artista de corazón, lo fabricó en las afueras de la villa, lindando con el barrio de Alegría, en pleno campo... sin miedo de que le robasen los muebles, que representaban el valor de dos millones. Allí, en el palacio, el tálamo nupcial fué levantado con tanta solemnidad y compostura como pone el sacerdote al alzar en misa.

— ¡Esto es un santuario! decía don Juan.

*
* *

Marido y mujer regresaron en octubre, cuando empezaba á amarillear la hoja en el árbol. Diríase que empezaba también la luna de miel de aquellos enamorados, según se camelaban á todas horas; ella, arrullando más que paloma en el nido; el, mirándose en los ojos de ella.

Fué un escándalo. Lo veían y no lo creían los amigos de don Juan. « Está chiflado. » Ó bien decían: « Esa Julia le habrá dado á beber alguna pócima. » Ni de otro modo se explicaba que aquel sultán tan dominante estuviese sujeto á los caprichos todos de su esclava. Si iba al teatro, había de ser con ella; si á paseo, con ella; á todas las fiestas y regocijos, con Julia, y siempre con Julia colgada del brazo. Ella le tenía cosido á sus faldas, y él no se le quitaba de encima. Se morían de envidia los amigotes de don Juan, y en venganza, si le hallaban al paso, le miraban su mujer y se la desnudaban con los ojos...

Pues si sentía ella « ganas de campo », no hay que decir si hacía tontunas el hombre. Corrían como chiquillos en aquellas afueras de Madrid; bailaban, si no los veían, en las hondanadas del camino; cogían á puñados y se tiraban á la cara flores silvestres.

De vuelta de uno de aquellos escarceos pastoriles, una tarde, en los albores del estío, Julia se

sintió indispuesta. Tuvo escalofríos irregulares, dolores en los lomos, náuseas y vómitos. Á escape vino el médico, que era un sabio, y, después de examinar cuidadosamente á la enferma, guiñó el ojo al marido :

— Amigo, la culpa es de usted... La señora está... En fin, usted tiene la culpa de lo que la pasa.

Y volvió á guiñar el ojo.

Pero Julia se sintió peor al día siguiente, y el médico observó manchas violáceas en la piel de la enferma y en el origen de sus membranas mucosas. Julia tenía además flujos de sangre...

— Viruelas, sí; viruelas graves... dijo el médico sin guiñar el ojo.

¡Y tan graves como eran las viruelitas! Días después, cuando el sabio Hipócrates, « aquella eminencia de la facultad », vió que las vejiguillas contenían sangre y que las pústulas se vaciaban sin esperar á que se las reventase, movió doctoralmente la cabeza. Y Julia se murió como se muere todo el mundo : faltándole el resuello.

*
* *

¡Qué noche de agonía!... Don Juan no se separó de su compañera hasta que le cerró los ojos... aquellos ojos tan monos, de color verde mar.

Consuelo, que adoraba en su hermana, no hubiera querido moverse de la cabecera de su cama; pero vencida por el sueño, y á instancias de don Juan, se retiró aquella noche á descansar un rato. De repente, como movida por uno de esos presentimientos que no se explican, pero se sienten, se despertó sobresaltada, y, sin calma para vestirse, en desaliño que era casi desnudez, corrió al cuarto de su hermana, que acababa de morir. No se lo advirtió nadie, pero lo sabía, porque se lo advirtió el corazón.

— ¡Hermana mía!... ¡Consuelo de mi alma!... ¡Pobrecita!... decía entre sollozos.

Y trémula, llorosa, vacilante, como si le faltara el suelo en que pisaba, cayó de bruces sobre el cuerpo de su hermana. Así, en aquella postura, con el corpiño desabrochado, y en enaguas de encaje, se destacaba llena de vida la redondez de su carne hermosa; y fatalmente, contra el deseo de don Juan, sus ojos pasaban fugaces del saco de huesos y pústulas de la mujer muerta á la carne sana y poderosa de la mujer viva. Consuelo no pudo ver aquella mirada, pero la sintió, como se siente la proximidad de una tormenta, y al incorporarse miró á su cuñado con ojos de hembra, aunque velados por lágrimas de hermana, y la interesó su palidez, que era resultado de

la vigilia y el insomnio; y mientras él, sin quererlo, protestando contra el pensamiento bastardo que se le imponía, pensaba que aquella hembra podía ser suya, Consuelo, sin quererlo tampoco, indignada ante la mezquina idea que triunfaba en su corazón, pensaba también que aquel hombre podía ser suyo. No se explicaban la razón de no haber sentido tal deseo en ninguna de las ocasiones en que estuvieron juntos, felices y risueños, ante « la pobre Julia », que sonreía también, y menos se explicaban la razón de sentirlo entonces en ocasión tan trágica, tristes y llorosos, ante el cadáver de Julia; y confesaban á medias, pero en silencio, con mucha vergüenza y con muchísimo horror, que en aquel raptó amoroso ante el altar de una muerta, en aquel traicionar á un cadáver, sentían ellos un goce brutal é impío, pero avasallador y punzante... Al igual de Macbeth después de oír á las brujas en el páramo, don Juan y Consuelo se decían, cada cual por su lado, allá en lo recóndito de su espíritu : « El pensamiento del homicidio comienza á dominarme y á obscurecer mi albedrío. Sólo tiene vida en mí lo que aun no existe... »

— ¡Yo me ahogo en este cuarto!... dijo Consuelo.

Y don Juan, que sentía asimismo la asfixia,

asfixia del espírilu más angustiosa que la física, abrió el balcón.

Alboreaba... Nubecillas alegres y retozonas habían salpicado el campo de gotas brillantes que sacaban de la tierra fuertes vapores y amodorrados insectos. Al atravesar las gotas un rayo de luz tibio y mimoso, formó una franja de colores, un arco iris sobre un ramaje verde esmeralda; y allí, dentro de la franja, entre las hojas de la rama, que semejaba un mosaico, como si quisieran teñirse en la luz y bañarse en el rocío para casarse limpios y majos, dos pajaritos rozaron sus alas, juntaron sus picos, y agitando el plumaje y temblando de amor, se besaron en el aire... Don Juan y Consuelo se miraron un momento, y se besaron también, con el pensamiento, sobre el lecho de muerte...

*
* *
*

La Correspondencia lo había anunciado:

« De regreso de su largo viaje á Oriente, nuestro ilustre amigo el opulentísimo propietario don Juan Gómez y García se unió ayer con el santo é indisoluble lazo del matrimonio á la bella señorita doña Consuelo Espino, nieta de la marquesa del Foyoyo. Apadrinaron á los contrayentes el duque de Colocolo y la duquesa de Peloempecho,

en representación de Sus Majestades, que, como regalo de bodas, han agraciado á los novios con el título de marqueses de la Fraternidad.

» Los recién casados, á quienes deseamos una eterna luna de miel, no saldrán por ahora de Madrid. »

.....

Días antes de la boda, don Juan y Consuelo rindieron un cariñoso tributo á la memoria de « la pobre Julia ». Como los baturros de Zaragoza, que dan una puñalada después de pedirle perdón á la Virgen del Pilar, cuando no mojando la navaja en la pila del agua bendita, don Juan y Consuelo concertaron darle una puñalada al recuerdo de Julia, después de exhumar sus restos y archivarlos en preciosa caja, que era amarilla con incrustaciones de oro y nácar. « Esta caja no se separará nunca de nosotros, decían ellos. ¡Pobre Julia. » Y la colocaron á la cabecera del lecho, que era la famosa cama de la Exposición de París.

La noche de bodas, solos don Juan en la cámara nupcial, entre los envites del amor honrado y las convulsiones del matrimonio honesto, ¡cuántas veces no oyeron indiferentes el tric-trac de los huesos de la « pobre Julia », sacudidos violentamente dentro de la caja amarilla!...

LA ORGÍA

El reloj de la Puerta del Sol, cuya luz se había apagado, parecía una calavera que miraba friamente á los transeúntes, señalándoles las dos de la madrugada.

El sereno de la calle de Fuencarral franqueaba la entrada de una casa á un caballero embozado... Una mujer, en la esquina de la calle de San Onofre, tuteaba á todos los hombres que iban por allí. Pasaba alguno que otro estudiante, maltrecho y aburrido, que abandonara en la Zarzuela á la tuna de San Carlos, y alguna que otra máscara grotesca y desarrapada. Dos luces lánguidas y polvorientas iluminaban el solar del número 30, enseñando el maderamen de la casa en construcción, y la enorme bota, muestra de la zapatería del número 39, que chorreaba agua.

El maderamen parecía á veces, por la proyección de las luces y de las sombras, un patíbulo